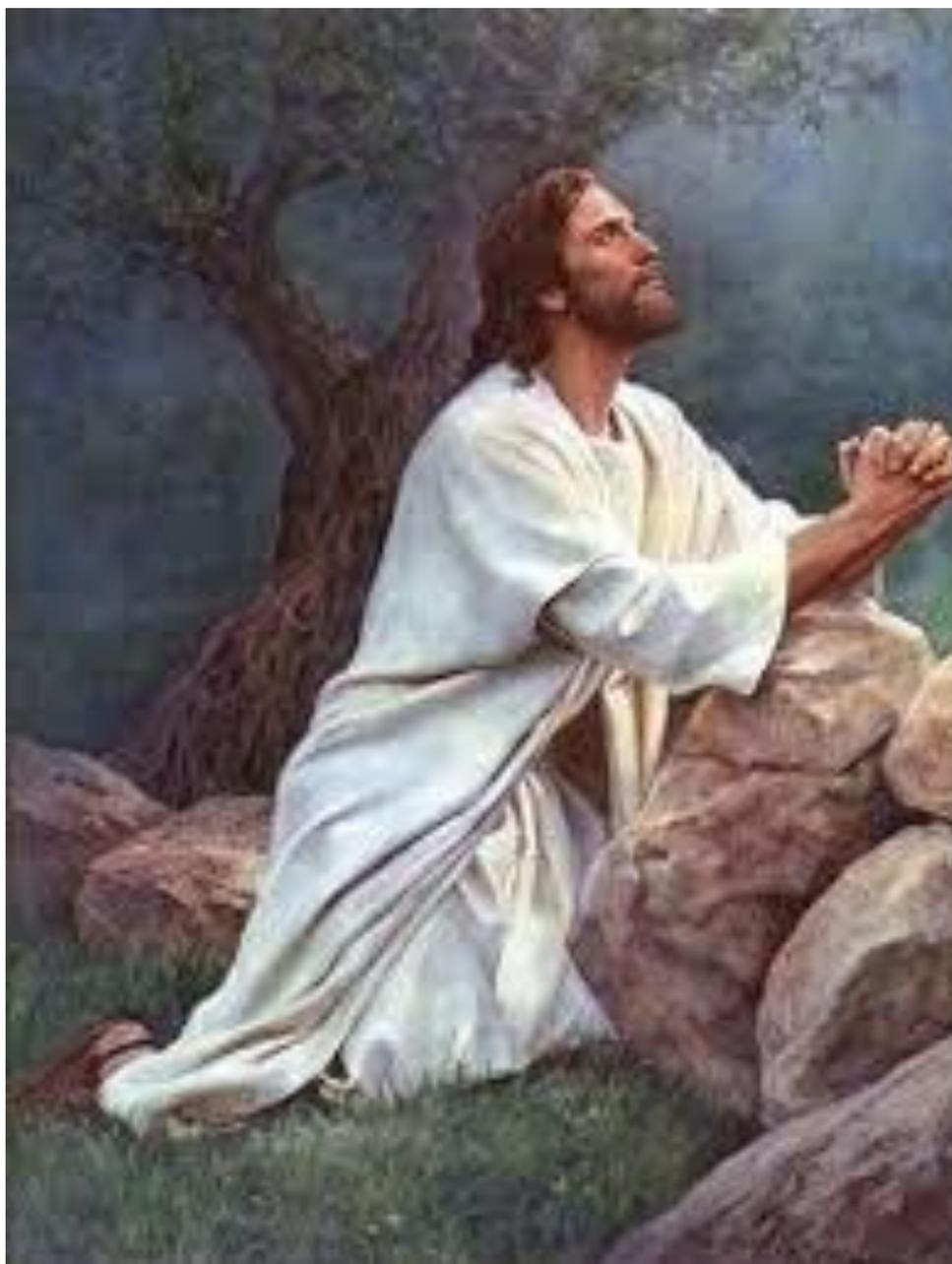


# **GETSEMANÍ.**



**Viernes de Dolores 2025**  
**Parroquia Asunción Ntra. Sra.**  
**Pozuelo de Alarcón**

Después de la cena y de cantar los himnos salieron fuera y atravesaron el Cedrón y entraron en Getsemaní. La hora, su hora, está cada vez más cerca y Jesús se entristece y siente angustia. Sí, sí está entristecido y con angustia. El hombre, pura relación, busca en esta hora, la soledad y la compañía de los amigos.

¿Vienes a Getsemaní?

Trae contigo tu Getsemaní.

Trae contigo el Getsemaní de tantas personas y sociedades, de tantas angustias y soledades.



Getsemaní es un momento difícil en la vida de Jesús. El hombre que hace milagros no es capaz de evadir este momento. Sale a relucir su realidad más humana. Jesús no sólo se siente amenazado como persona, siente amenazado el sentido de su vida. Todos a su alrededor se derrumba. Uno de sus propios amigos le traiciona, la gente que ayer le aclamaba hoy duda, se esconde o abiertamente espera su prendimiento.

Jesús siente la soledad más cruda, la acepta, tiene la certeza de que allí se encontrará con su raíz más profunda. Nada ni nadie mitigará su dolor, pide la compañía de sus amigos. La presencia y la ayuda ¿me saca de la noche, de mi noche? Aun así, los quiere cerca. Con ellos ha compartido, su pasión por el Reino. El mejor ayudador es el que se deja ayudar.



En medio de la angustia, Jesús clamó "ABBA". Un grito en medio de la noche. Un saber en medio del no saber. La presencia en la ausencia. La confianza, el amor...el miedo.

Llegado al umbral de su Pascua, Jesús está en presencia del Padre.

¿Cómo habría podido ser de otra manera, dado que su diálogo secreto de amor con el Padre nunca se había interrumpido?

“Ha llegado la hora” la hora prevista desde el principio, anunciada a los discípulos, que no se parece a ninguna otra, que contiene y las compendia todas. Justo mientras están a punto de cumplirse en los brazos del Padre.

Aquella hora del miedo. De este miedo no se nos oculta nada.

Pero allí, en el culmen de la angustia, Jesús se refugia en la oración.

En Getsemaní, aquella tarde, la lucha se convierte en un cuerpo a cuerpo extenuante,

Tan áspero que en el rostro de Jesús el sudor se transforma en sangre.

Y Jesús ora por última vez ante el Padre,

Manifestando la turbación que lo invade:



“¡Padre, si quieres aparta de mí este cáliz!

Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Dos voluntades se enfrentan por un momento para confluir en un abandono de

amor anunciado por Jesús.

“Es necesario que el mundo comprenda que amo al Padre y que lo que el Padre me manda, yo lo hago.”

Es el momento de la verdad, de la entrega, de la valentía. Jesús está dispuesto a aceptar las consecuencias de su vida, las consecuencias de su fidelidad a Dios y a los demás: tomar la cruz y salvar al mundo, el que podamos vivir y morir con esperanza. Pero la muerte no hace gracia a nadie.

Esta noche te pedimos ser como tú. Atentos al Padre y a los hermanos. Con esa entereza, con esa confianza. Nosotros somos débiles y muchas veces pecadores que desaparecemos ante el primer problema, que huimos, que no tenemos fuerzas, que no nos comprometemos lo suficiente.



Jesús nos dice esta noche que es posible orar al Padre desde toda situación humana. En la angustia, en la debilidad, en la enfermedad, en las persecuciones, en las catástrofes. También en la fiesta, en la alegría, cuando estamos bien. Se puede hablar con el Padre, siempre. Porque el Padre está con Jesús, con nosotros, con todos.

Señor, gracias por quedarte con nosotros. No llegamos a alcanzar lo que es tu presencia en la Eucaristía, en la Escritura, pero creemos en ti.

Eres luz, fuerza, amor.

Es de noche, pero nos iluminas, te sientes débil ahora, pero sigues dando fuerza, nos pides que amemos, pero tú nos amas primero.

Queremos acompañarte, así como te acompañó María. Donde está el Maestro está su Colaboradora.

Queremos ayudarte a quitar el pecado que hay en el mundo, en la tierra que habitamos. Queremos llorar junto a ti por el pecado que comienza en el propio corazón.

Gracias por tu presencia. No olvidamos que muchos se sienten solos hoy día, que están enfermos, que sufren, que son perseguidos, que no pueden dar de comer a sus hijos, que sufren la guerra de los poderosos, que viven en la miseria y el olvido.

Muchos ancianos no son queridos y se sienten solos, muchas mujeres son maltratadas y muchos niños esclavizados, vendidos, prostituidos. También el grito angustioso del pequeño que clama desesperado, desde el seno materno, que quiere vivir, que merece vivir.



Es un Getsemaní muy actual, muy vivo; pero ahí estás tú. Oh Jesús que luchaste y sufriste la agonía de Getsemaní, acompaña y conforta a cuantos se encuentran en esas noches tristes. También nosotros queremos estar unidos a esas personas, contigo en ellos, Señor.

Llega la hora de la traición, el momento cumbre. Jesús se entrega en servicio por todos. Parece como si todo estuviera perdido. Las tinieblas se ríen de la luz; el odio parece triunfar sobre el amor. La muerte parece regodearse de la vida. Y, en la oración, Jesús ha vencido las angustias, ha recobrado las fuerzas. Y sale decidido a proclamar la fuerza del amor, la belleza de la vida, la gratuidad de la luz.



Jesús, hermano nuestro, que para abrir a todos los hombres el camino de la Pascua has querido experimentar la tentación y el miedo, enséñanos a refugiarnos en ti, y a repetir tus palabras de abandono y entrega a la voluntad del Padre, que en Getsemaní han alcanzado la salvación del universo.

Haz que el mundo conozca a través de tus discípulos el poder de tu amor sin límites, del amor que consiste en dar la vida por los amigos.

Jesús, en el Huerto de los Olivos, solo, ante el Padre has renovado la entrega a su voluntad.



Abre la puerta a Cristo y entrará. Échate en brazos de aquel a quien buscas; acércate a Él y serás iluminado; no le dejes marchar: ruégale que no se vaya. Que tu alma viva pendiente de su palabra. Sé constante en encontrar las huellas de su voz celestial, Pues pasa velozmente. Adoremos a nuestro Salvador, que, en la última Cena, la noche misma en que iba a ser entregado, confió a su Iglesia la celebración perenne del memorial de su muerte y resurrección.



El Señor está en medio de nosotros, don de Dios, hecho pan de vida. Ahora es tiempo para orar por todas las necesidades y por la paz del mundo y agradecer por cuanto somos y tenemos.

Tras la cena, Jesús partió al monte de los olivos donde pidió a sus discípulos vigilar y orar. Hoy, ahora, nos hace la misma invitación a cada uno de nosotros, Jesús nos invita a incorporarnos a la hora de la redención y completar en nosotros lo que falta a los padecimientos de Cristo. Con María, nos encaminamos, acompañando a Cristo, para velar con Él, para acompañarle y consolarle.

Ahora, en el silencio de la noche, acompañemos al Señor.



Texto: Antonio Cabrera

